

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid. . . 6 rs. trimestre

Provincias. 8 rs. Id.

VENTA AL POR MENOR: Kioscos de la Puerta del Sol y Red de San Luis.

No se servirá ninguna suscripción que no esté satisfecha anticipadamente.



TIRABEQUE.

PERIODICO SATIRICO.

PEPITORIA.

—Adios, señor Tirabeque, ¿qué tal va?

—Perfectamente, y V.?

—Yo, bueno, para servirle. Veo que se toma café y me decido a hacer otro tanto.

—Mucho me alegro, con eso charlaremos un poquito... de todo, menos de política. Ya sabe V. que aunque soy muy bien educado, no tengo nada de político, y además los 100,000 del pico me prohíben mezclarme en ciertos belenes.

—Corriente, amigo mío, yo también abundo en sus ideas de V. y apesar de haber militado en varias filas, hoy ya estoy lleno de desengaños y no pienso mas que en vivir. Pero materia no, faltará con qué podamos matar agradablemente el tiempo.

—Si, matemos el tiempo con cualquier cosa, en tanto que el tiempo nos mata a nosotros de la manera mas insensible. Hablamos por ejemplo del embellecimiento de la corte, de sus mejoras, de sus teatros... etc. etc.

—Señor Tirabeque, respecto al embellecimiento de la villa del oso, hay mucho que hablar; si bien es cierto que se improvisan parks, o parterres, como V. quiera llamarlo; que no hay plazuela regular que no se llene de árboles liliputienses y jardines propios de muñecas, es también lo positivo que no se adornan con la esquisita pulcritud que en otras capitales europeas, pues ni los cercan con elegantes verjas de hierro, ni los adornan con esa infinidad de adinículos tan pintorescos como indispensables. No vé V. en ellos ni una gruta, ni una fuente monumental, ni una estatua, de las infinitas que están en proyecto, ni otras muchas cosas mas.

—Si, pero en cambio, el *cesped* crece en esos jardinillos como la mala yerba, y las balaustradas de alambre y palos rústicos que circundan a algunos de ellos, no me negará V. que les da un aire de *rusticidad* que no hay mas que pedir.

—Nada, amigo mío, todo eso no significa rien, como dicen nuestros vecinos y por el contrario demuestra una economía y un mal gusto inimitables.

—Vaya observó que es V. mas descontentadizo que yo.

—No, señor, yo no digo mas que lo siguiente: ó hacer bien las cosas, ó no hacerlas.

—Señor D. Solicito, vivimos en la dichosa España; patria de la indolencia y del dulce farniente, y permítame que le diga que precisamente el mérito que tiene este país, es el de no querer, ó no poder hacer buenas cosas, por mas que se empeña en ello. Nuestros pobres compatriotas son bien desgraciados por cierto. Les sucede lo que a aquel buen señor que pagaba dos criados para estar bien servido, y tenía el que servirlos a ellos, sin darse cuenta de lo que hacía.

—Ah! señor Tirabeque, por Dios no siga V. hablando así pues presumo que nos metemos en terreno vedado. Lo menos piensa el Sr. Fiscal que está V. aludiendo a quien no debe y se prepara a enristrar el lápiz rojo.

—Tiene V. razón, me iba escurriendo sin saber cómo. No hay cosa peor que la privación. Vamos a ver, y qué me dice V. de Teatros?

—Hombre, mucho hay que hablar sobre esa materia. Primeramente empezaré por el del Principe diciéndole que ya ha concluido la *campana* del presente año. *Campana* en la que se han dado descomunalesbatallas y terribles ataques, contra la infortunada Talia; *campana* en la que se ha distinguido cual ninguno el célebre Catalina, a quien Dios perdone el daño que ha causado a nuestras glorias literarias.

—Diga V., amigo D. Solicito, y cuando devuelva D. Manuel las llaves de la casa al Ayuntamiento, la dejará tal y como se le entregó?

—Supongo que sí.

—Es que como he observado que las *butacas* están destrozadas, y algunos quicios medio destruidos y el empapelado hecho girones!

—Descuide V. para eso tiene una fianza.

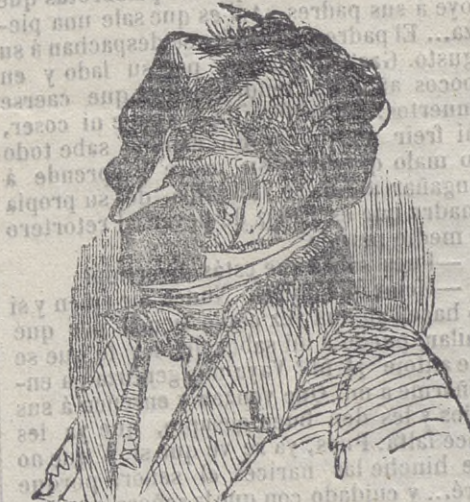
—Y le obligarán a dejar el número de decoraciones que marca el contrato?

—Con la carita y el pelo! Tiene que entregar el teatro tal y como lo recibió. Con esto escuso añadir que el Municipio ya tendrá buen cuidado de hacer inspeccionar el local antes de soltar la *pecunia*, de modo que Catalina no tiene escapatoria.

—Bien, así me gusta. Y tengo la convicción que debe haber destrozado el edificio en proporción a lo que ha destrozado el arte. Así es, que todo quedará hecho una miseria a su salida.

Y hablando de cada cosa un poco, ¿qué me cuenta V. del colisco de la calle de la

BUENA OCASION!

Aquí os reproduce Tirabeque, bellisimas lectoras, la *vera efigie* de dos gacelileros de esta corte, que ofrecen sus blancas manos en señal de sumisión al matrimonio. Si os agradan, podeis dirigiros, franco de porte, a esta redaccion y al momento se os enviarán las instrucciones necesarias, y la nota de los requisitos que reúnen los candidatos.

¡¡Pedir mas seria golleria!!!

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, redaccion y administracion calle de Coloreros, núm. 4, principal; librería de Duran, Carrera de S. Gerónimo; Gaspar y Roig, Principe; Villaverde, Cuesta, Carretas; Medina hermanos, Preciados, 17; y principales librerías.

En provincias, principales librerías, administraciones de correos y todos los corresponsales de *El Madrideno*.

Magdalena? Qué me dice V. de la Civil?

—Oh, amigo mío! La Civil!... La Civil es una perla... es una artista sin rival. En la *Casa de campo*, comedia escrita en español espresamente para ella y en la cual desempeña cuatro caracteres distintos, está inimitable, arrebatadora. Hace una lavandera del Manzanares, deliciosa. Dice de un modo algunos *terminos técnicos*, le da tal colorido al tipo, le imprime cierto aire, lo localiza y comprende tan admirablemente, que no parece sino que ha nacido en España y se ha criado entre la gente crua.

—Supongo que el público habrá recompensado su talento con justicia?

—Todo el mundo se hace lenguas de cada noche que ejecuta dicha comedia, recoge abundante cosecha de bravos y aplausos. La Civil es pues, una verdadera hija del arte, quizá la mas predilecta, pues a su natural hermosura y a su no común inteligencia, trabaja con una fé y un entusiasmo indescriptibles.

—Ah! si consiguiésemos tenerla en nuestro país! Ninguna como ella tan digna para ocupar el puesto que nuestras celebridades artísticas dejaron vacío.

—Tiene V. razón, ninguna mejor que ella.

—Hagamos pues votos para que así suceda y entre tanto, rindamos un justo tributo de admiración a su extraordinario mérito.

—Ahora si le parece, hablaré del *Guillermo Tell*, representado en los Campos Eliseos.—¿Qué tal el *debut* de la Laborde?

—Desgraciado.

—Hubieron murmullos?...

—Más que murmullos; hubo una *escitación pectoral* en sí *bemol*.

—Hombre! quién lo diría! Pero y Tamberlick?

—Oh! Tamberlick, admirable! Los demás, así, así. La *mise en scene*, ya sabe V., lo mismo que el año pasado.

—Hombre algo pobre es, pero qué demonio, por ser verano puede pasar.

—Ha estado V. en el Principe Alfonso?

—No señor, le tengo miedo a los leones.

—A los que andan sueltos?...

—Cá! a los de Mr. Batty. Además tanto altito y tanto aro, han agotado mi pacien-

cia hasta lo sumo; y mientras no den algun espectáculo notable, como por ejemplo, la exhibición del caballo blanco, montado á la alta escuela; ó le prepare á Leotard una ovación la aristocracia, con acompañamiento de coronas y alhajas de todas clases, no parece por aquel receptáculo.

—Tiene V. razón, á mas de eso, allí se ahoga uno de calor. Pronto parece que inaugurará Mr. Price su Circo y espero que esté mas concurrido, apesar de su aspecto magníficamente popular.

—Estuvo V. en las carreras de caballos, señor Tirabeque?

—No señor. Ya sabe V. que todo lo que huele á carrera me espanta. Y hubiese querido ir por ver que tal lo hacían esos *gellemans riders* de que nos habló la *Correspondencia*. Yo supongo que esos *riders*, harían reír con sus «gracias.» ¿A V. que le parece?

—Hombre yo creo lo mismo. Además eran individuos del alto tono, y todo lo que hacen estos señores suele ser hijo de su «gran ingenio» y especial «chic» por eso son gentes de tanto «efecto»...

Aquí llegaba nuestra conversación, cuando nos engolfamos en un mar de consideraciones filosóficas y sociales, á propósito de una escena que tuvo lugar en el café y en la que intervino la guardia veterana: (¡¡¡!!!)...

Hartos ya de menear la sin hueso, cada mochucho se fué á su olivo. Yo admirado de la locuacidad de D. Solicito y él muy satisfecho de nuestra entrevista, sin advertir que mientras hablaba, yo iba tomando notas semi-laquigráficas con el objeto de ahorrarme hacer una *pepitopia*. Como se ve, mi compañero se prestó á ello con la mejor buena fe y sin apercibirse en lo mas mínimo.

Y luego dirán que los hombres-cotorras no sirven para nada!

Es siempre vuestro servidor y lego

TIRABEQUE.

BOSETOS DE COSTUMBRES. (1)

Tercero.

LA EDUCACION.

—Vamos callando, niña, pues no faltaba mas que porque una tiepe un muñeco, viviera esclava de sus caprichos. Quédate con el ama, que la mamá vuelve en seguida. A dormir, á dormir...

—Yo no quiero quedarme solaa... á mi, me da la gana de ir contigo.

—Si el bribon de tu papá no anduviese por esos mundos derrochando el dinero, y olvidándose de su mujer y de su hija... ¡Qué educación recibe la niña! Ah, cuando venga ya le diré yo cuántas son cinco. Es claro, se causa de su mujer. Tu papá es un infame, un mal esposo... si, hija mia, si, no es verdad que si?

—Si, un infame, un mal esposo... (La niña repite todos los improperios y algunos mas).

—Quédate, hija mia, voy á buscarle: voy á decirle que venga á su casa... ¡Oiga!

—Tirabeque, tú me engañas como ayer y como todos los días. Anteayer estuviste en el teatro y no fuiste con papá: anoche estuviste en el baile y le esperaba aquel caballero rubio que nos acompañaba mucho. Como si yo no lo hubiera visto!

—Niña, niña... Chitito...

—Pues llévame contigo, llévame.

—A dormir...

—Que nó, que no quiero... vamos...

—Jesus Maria, qué guerra de chiquillos: anda, ven, ven. Cuánto daría por no tener esta cadena! ¿Callas? Trae el sombrero.

—Que lo traiga Pepa.

—Pepa, traiga yd. el sombrerito de la niña. (Y se hace tarde...)

—Y el vestido de color de rosa...

—Bien vés con ese. (La niña se mira en el espejo.)

—Yo quiero el de color de rosa: que aquel caballero me dijo que estaba mas bonita que nunca. Quiero el de color de rosaaa...

(1). Véanse los números 6 y 8 de Tirabeque.

—Ay... Señor... Yo me consumo. Pepa, traiga yd. el vestidito de color de rosa.

—Y el abaniquito...

—Estos es insufrible, niña. Ahí te quedas.

—Nooo... noooo... ah... ah... ah... que yo no me quedoooo, noo...

(La niña arma un escándalo de los de padre y muy señor mio.)

—Pepa, la pacienciamé valga. Traigame yd... el abanico.

Toma, toma y vamos con mil demonios... Apenas tiene seis años este arraplezo y ya no hay quien la sufra. Vivo retrato de su padre en lo que me hace sufrir. Ah! si yo no me echara el alma atrás, y obrara á mi antojo, me enterraban en dos días.

(Al bajar por la escalera como está anocheciendo y todavía no hay luz artificial, sube un caballero y tropieza con la mamá y con la niña) Oyese murmurar en voz baja.

—Mi mujer.

Y ella tapando la boca de la niña, esclama: —Mi marido, y sale precipitadamente de la casa.

—Era papá...

—Chitito...

—Por qué he de callar?

—Mira que no te compro un vestido...

—Ay, si me vés á comprar un vestido...

—Vaya, de seda para que estés mas hermosa y le gustes mucho á Paquito.

—A Paquito nó, que es feo y no tiene coche como Luis.

—Hola, picañilla, con que quieres coche.

—Pues yalo creo: y el papá de Luis que dice que te quiere mucho, me comprará el coche y nos casaremos Luis y yo... Por eso no quiere aprender las labores, ni los quehaceres. Para esto tendré muchos criados que me respetarán mas que á ti la Pepa. Ay mira, allí está el papá de Luis y Luis tambien.

—Qué casualidad.

—Si, casualidad! Luisito me ha dicho esta mañana en San Martín que nos veríamos esta noche, porque tú se lo habías indicado, para que se lo dijese á su papá... ¿Que soy yo tonta...?

Llegan á donde estaba Luis y su papá.

Se traban un diálogo *tête á tête*, como se dice ahora, mientras pasean por los jardinitos del Principe Alfonso.

De pronto, párase un coche delante del sitio en que se encuentran los interlocutores, y abriéndose la portezuela, aparece una señora elegantemente vestida, que se dirige al padre de Luis, se coje de su brazo y estrechando con la otra mano la de Luisito, les obliga á que la acompañen hasta el coche y que suban tambien con ella.

La mamá de Rosarito queda estupefacta: mira á su hija y dice con furor reconcentrado, tiene razón: mas merezco todavía.

DE VENTANA A VENTANA.

En la casa ocurre en tanto la siguiente escena.

—Y tu señora, Pepa, ¿ha salido?

—Pus ya se ve, no faltaba mas!

—Y la chiquilla... vaya un escándalo.

—Aun hace poco, hija: aun hace poco: no ve otra cosa por aquí. Riñas, gritos, golpes... Si ya respetará á su padre y su madre! Como yo al gran Tamborlan, á quien no tengo el honor de conocer mas que para servirle. La señora se levanta por la señal de la Santa Cruz, al tocador: toma el chocolate: no pregunta siquiera si ha venido el señor. Cuando lo ve es para insultarle; él la paga en la misma moneda y se arma una valgame Dios! La niña, no reza mas Padre nuestro que las palabrotas que oye á sus padres. Así es que sale una pieza... El padre y la madre se despachan á su gusto. Gastan cada uno por su lado y en pocos años no tendrán sobre que caerse muertos. Y la chiquilla no sabe ni coser, ni freir un huevo. En cambio sabe todo lo malo que hace su padre y aprende á engañar al lucero del alba, de su propia madre que es capaz de llevar al retortero á medio mundo.

—Pues sabes que estás divertida?

—Mejor que quiero. Nunca me riñen y si lo hacen alguna vez como tienen por qué callar, puedo á mi sabor hablar lo que se me antoje. ¿A mi? Vaya una gentuza pa enseñarme á mi. Que vengan y enseñen á sus hijos y les den buen ejemplo, que ya les hace falta. Pues, ya se ve que si. Y que no me hinche las narices el señor, porque diré... y cuidado con que la señora se atreva, porque como yo cante...

—Así, así. Hija, pues yo estoy como en una balsa de aceite. Un matrimonio con

una niña. Qué tranquilidad! El es abogado, muy hombre de bien, si señor, muy honradote. Ella es una santa, trabaja, educa á su hija como una buena madre: la niña, con el ejemplo, es una mugercita: sabe ya los quehaceres de la casa, respeta á sus padres, se hace respetar: nadie oye una palabra mas alta que otra: es una felicidad. Dios les ha dado su bendición.

—Hija, pues, aquí estamos dejados de la mano de Dios, y ya verás el fin que vamos á tener si la Providencia no se apiada de esta familia.

—Adios: voy á apagarle la luz á mi señorita que ya ha acabado de rezar con su mamá y se ha acostado.

—Pues yo voy á dormir hasta que venga mi señora y la alhaja de la niña: si vienen, Pedro abre la puerta.

—¿Quién es Pedro?

—Mi novio.

—Y tú amo...?

—Toma, por esos mundos de Dios, hasta que amanece: se lleva las dos llaves...

—Como han de criar honradamente á los chicos...

—Pues no sabes de la misa la media...

—Chica, salta de esa casa: que así no ganas ni honra ni provecho.

—Pero en cambio hace una su gusto, y el día que me tiene el diablo entre Pedro y yo acabamos con todo y adios Madrid.

—Mujer, no seas el demonio!

—Que no lo sean los amos y entonces...

—A Dios Pepa. (Dios te libre de malos pensamientos.)

—Buenas noches, Tomasa (Dios te conserve en la casa que sirves). —Ll.

(Se continuará.)

Ya ven vds. como el buen *leguito* no se descuida cuando se trata de amigos tan constantes como el público que á Dios gracias le honra. Por hallarse un poco estropeado con el calor no pudo Tirabeque pasear con vds. por esas calles de Dios, en la semana pasada, pero en la presente sale dos veces, porque no le gustan las faltas, —asi como le sabría á rejalgar que ustedes llegasen á faltarle. Obrando de este modo Tirabeque ha de conseguir que ustedes le quieran con el mismo cariño que él profesa á todas y á todos los que han tomado la costumbre de devorarlo con los ojos, dicho sea con perdon de aquellos que por motivos particulares no pueden ver á Tirabeque con sangre fria.

Con esto y saludarles cordialmente, les envia un abrazo y... hasta luego.

Tirabeque ha sabido con sorpresa que cierto *quisque* anda por los establecimientos públicos, mandando quitar de las muestras las reproducciones fotograficas de los cuadros del Museo, y otros grabados, que por cierto pertenecen al dominio público, y que si no pertenecieran, debería estimularse por el gobierno á los artistas para que de todas maneras los reprodujesen, como glorias de nuestra nacionalidad.

Tenga esto en cuenta la persona á quien aludimos, y si continua en su mania de darse tono de autoridad, nos veremos en el caso de estampar su nombre en los periódicos y aun en la necesidad de demandarlo ante los tribunales por usurpacion de atribuciones.

Siempre levita ha gastado
Con solapas, cierto Juan,
Y hoy con solapa ha estrenado
Un chaleco y un gaban.
¡Oh que hombre tan solapado!

Ya habrán visto vds. que Tirabeque se esmera: charadas, logogrfos, acertijos, geroglíficos, todo lo que echaban de menos algunos de sus amigos, lo tienen ya y hasta allí...

Y si todo eso se añade al escogido Album á las comedias del famoso poeta del siglo XVII, á la magnífica lámina que ha regalado á los suscritores y á lo que vendrá... vayan vds. chupándose los dedos de gusto.

Segun cuentan los periódicos, estos dias ha visitado el *Gordito* al tenor Tamberlick, el cual le ha hecho proposiciones para que dé á conocer en Italia el arte de Pepehillo.

Amboe artistas se separaron muy satisfechos de su entrevista.

Tamberlick acompañó al *Gordito* hasta la puerta, y por via de despedida le soltó ocho *dos de pecho* seguidos.

El *Gordito* en cambio, le hizo un gracioso *quebro* y tomó el olivo inmediatamente.

Un estudiante tronera pedia continuamente á su padre que le mandase dinero.

Su padre, habiendo sabido sus calaveradas, le dirigió la siguiente filípica.

«Juanito: eres incorregible, eres un holgazán, un derrochador, un tronera; escuchado es que pidas porque no tengo dinero para un mal hijo. Tu padre.—Pedro.

Contestacion.

«Querido padre: Me ha afectado tanto la carta de vd. que del sentimiento me he quedado muerto en el acto. Envieme usted dinero para el entierro.—Juan.»

FABULA.

A Juana declaróle un estudiante

la pasión delirante
que sintió al contemplar sus negros ojos,
y Juana sin enojos,

á tanto amor correspondió al instante.

Presentóse despues un gran banquero,
y aunque feo, de mala catadura,
para Juana su *sobra* de dinero
compensaba su falta de hermosura.

Mas al fin se encontraron
el estudiante y el banquero un día,
y á la Juana los dos abandonaron,
premiando de este modo su falsía.

Muchachas, no tengais mas que un amante;
no alimenteis de la codicia el flaco,
y no perdais de vista ni un instante
que siempre la codicia rompe el saco.—El flaco.

Tirabeque, siempre constante en su tarea de denunciar abusos é inconveniencias, llama hoy la atención de quien corresponda, sobre ciertos individuos que pululan por los cafés mas principales, vendiendo fotografias escandalosas y comedias nada edificantes.

No tiene maldita la gracia, que al lado de una mesa donde por ejemplo se encuentran algunas niñas candidas é inocentes, haga exhibir cualquier prógimo dichas *lindezas*, con harto detrimento de la moral y de las buenas costumbres.

Esperamos, pues, que se tomarán sobre el particular las oportunas medidas.

Gracia, que no duda merecer etc., etc.

VANIDAD DEL PLACER.

Se estaba burlando un día
la niña que yo mas quiero,
del disfrutar majadero
que en el tabaco tenia.

No le hice caso y seguia
diciendo su parecer:
—Humo solo, aire es de ver
que forma tu gozo sumo...

Y yo dije: —Pues si es humo,
humo siempre es el placer.—M. M. F.

Sobre el escenario del Coliseo del Principe, apareció la última noche que trabajaba la compañía catalinesca, el siguiente epitafio, que cual otro *Mane Thei Phares*, puso fin á la escandalosa *bacanal dramática* de que ha sido objeto en estos últimos años el Teatro Español.

EPITAFIO.

Aquí el feroz Catalina
Con su cruel y horrible planta,
Dominó, cual otro Atila,
La brillante escena hispana.
Ejecutó impúneamente
Sainetes, comedias, dramas:

Convirtió el verso en vil prosa
y de-clamó en lengua bárbara.

Dá gracias á Dios mortal
De que D. Manuel se vaya,
Y á su memoria, no flores!
Mas ríele á carcajadas.

En breve se establecerá en esta corte una *Academia tipográfica* bajo la dirección de la señorita D.ª Javiera Morales y dedicada exclusivamente al sexo bello. Aplaudimos sinceramente un proyecto que abre nuevos horizontes á la mujer, proporcionándole recursos de que hoy por desgracia carece. Con la realización de ese pensamiento se acude á satisfacer una de las mas imperiosas necesidades de la época, contribuyendo á moralizar con un trabajo luerativo y cuyos resultados serán de inmensas ventajas para las costumbres y para el arte de Gutenberg, hoy patrimonio exclusivo del hombre.

La prensa en general acogerá con entusiasmo el plan propuesto por la señorita de Morales y todas las personas que en algo estimen el porvenir de esa benéfica aurora del hogar doméstico, base de la moralidad para las generaciones que han de sucedernos, influirán en lo posible para el desarrollo de tan laudable idea. La *Academia tipográfica* tiene preparados los elementos para la publicación de un periódico semanal titulado *El Album de las familias*, con el objeto de asegurar una recompensa justa á las jóvenes que se consagren al trabajo.

PENSAMIENTOS.

—Los sentimientos del corazón se parecen á las hojas de que nos habla un naturalista, que se estieñen y desarrollan con el calor, al paso que con el frío se replie-

gan y presentan á la vista espinas que antes permanecían ocultas.

—Para los calculadores, el matrimonio es un contrato y no una unión.

—El amor propio es un antejo que disminuye el mérito de los demás, al paso que nos aumenta el nuestro.

La aversión nos hace injustos, haciéndonos exagerar los defectos del prójimo, al paso que la benevolencia los disminuye tanto, que casi no nos los deja percibir.

—El mayor enemigo del hombre es su propia imaginación.

—La vida es un tegido de pequeñeces.

—Los grandes acontecimientos, son excepciones; por eso la felicidad estriba en cosas que parecen insignificantes.

—Una indigestión moral es mas temible que una física, no debemos leer lo que no tengamos fuerza para digerirlo bien.

—La experiencia es una maestra que hace pagar muy caros sus lecciones.

—Los buenos modales suplen la falta de beza.

—No debemos dilatar la enmienda para la vejez. Esa enmienda es casi forzosa y carece de mérito.

Solucion al geroglífico inserto en el número anterior.

Tabaco, toros, náipes y vino,
llevan al hombre á San Bernardino.

Solucion al logogrifo inserto en el número anterior.

—Sin saber el silabario
ni tan siquiera la ó,
á un D. tal conozco yo
que ha sido subsecretario.

Una amiga de la doncella de la prima de la sobrina de la tía de la hermana de la abuela de la señora de siempre.

GEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

LOGOGRIFO.

Soy un nombre de muger,—si quieres, ó un apellido.—Bajo el último concepto,—en el teatro me has visto.—Hago primeros papeles—como actor notabilísimo,—aun-

que para ser mediano—¡mucho... mucho necesito!—Encontrarás en mis letras,—cual es de cajón, un signo—musical: lo que de ancianos—es señal ó distintivo.—Lo que se dan los amantes.—Con lo que me medicino—á causa de ser nervioso.—Lo que tiene de magnífico—la giralda sevillana.—Un material de edificios.—Lo que hace cierta señora—á los que le dan silbidos—ó quieren dar serenatas.—ó... mas, puntos suspensivos,—que al buen callar llaman Sancho,—y de hoy mas

Fray Acertijo.

ACERTIJO.

Quien me nombra me rompe.

(Al que de con este acertijo, le regala *Tirabeque* un trozo de la mucha tierra que tiene en la Habana.)

Solucion de la charada inserta en el número anterior.

Asno.

CHARADA.

Prima y tercera lector,

es un mozo é calía,

muy conocido en España

por la suerte de matar.

Segunda y primame dió

ayer tarde Trinidad

y presumiendo su intento,

aun esperándome está.

El todo es un hombre célebre

que brilló en la antigüedad

y se llama... pero ¡tátel!

aciértalo y lo sabrás.

porque tropezase en ellos;
aunque un bruto se desboca
con celos. Y no hay tan diestro
gine, que allí no pierda
los estribos al correrlos.
Milagro de tu hermosura
presumi el feliz suceso
de mi vida; pero ya,
mas desengañado, pienso
que no fué sino venganza
de mi muerte; pues es cierto
que muero, y que no hay milagros
que se examinen muriendo.

Menc. Quien oyere á vuestra alteza
quejas, agravios, desprecios,
podrá formar de mi honor
presunciones y conceptos
indignos del. Y yo ahora,
por si acaso llevó el viento
cabal alguna razón,
sin que en partidos acentos
la troncase, responderé
á tantos agravios quiero,
porque donde fueron quejas,
vayan con el mismo aliento
desengaños. Vuestra alteza,
liberal de sus deseos,
generoso de sus gustos,
pródigo de sus afectos,
puso los ojos en mí,
es verdad, yo lo confieso;
bien sabe de tantos años
de experiencias el respeto,
con que constante mi honor
fué una montaña de hielo,
conquistada de las flores,
escuadrones que arma el tiempo.
Si me casé, de qué engaño
se queja, siendo sujeto
imposible á sus pasiones,
reservado á sus intentos,
pues soy para dama mas,
lo que para esposa menos?
Y así en esta parte ya
disculpada, en la que tengo
de muger, á vuestros pies
humilde, señor, os ruego
no os ausenteis desta casa.

porque ya con mas acuerdo
ni para sentir soy mía;
y solamente me huelgo
de tener hoy que sentir,
por tener en mis deseos
que vencer; pues no hay virtud
sin experiencia. Perfecto
está el oro en el crisol,
el imán en el acero,
el diamante en el diamante,
los metales en el fuego;
y así mi honor en si mismo
se acrisola cuando llevo
á vencerme; pues no fuera
sin experiencia perfecto.

¡Piedad, divinos cielos!

¡Viva callando, pues callando muero!

Enrique! señor!

Enr. ¿Quién llama?

Menc. Albricias!...

Enr. ¿Dónde

estoy?

Menc. En parte, al menos

donde de vuestra salud

hay quien se huelgue.

Enr. Lo creo.

si esta dicha, por ser mía,

no se deshace en el viento;

pues consultando conmigo

estoy, si despierto sueño,

ó si dormido discurro;

pues á un tiempo duermo y velo.

¡Pero para qué averiguo

poniendo á mayores riesgos

la verdad? Nunca despierte;

si es verdad que ahora duermo;

y nunca duerma en mi vida;

si es verdad que estoy despierto.

Menc. Vuestra alteza, gran señor,

trate, prevenido y cuerdo,

de su salud, cuya vida

dilate siglos eternos,

fénix de su misma fama,

imitando al que en el fuego

ave, llama, áscua y gusano,

urna, pira, voz é incendio,

nace, vive, dura y muere

hijo y padre de si mismo;

ALBUM POETICO.

HISTORIA DE UNA PASION.

EFEMERIDES.

8 de marzo.

De nuevo brilla el sol de mi esperanza,
y a ti vengo, amoroso,
pues hoy por tí sus nuevos rayos lanza.
No hay para mí reposo
des que te vi, mujer. Yo habia gozado
entre sueños, festines y placeres,
los bellos días de mi edad primera;
mas del placer cansado
soñaba una de amor dulce quimera,
buscando una mujer entre mujeres...
¡Flores tocaba, pero siempre en vano!
¡Espinas siempre me clavé en la mano!
Te vi claro y purísimo reflejo
del ensueño que amor me retrataba
fuistes á mi ilusión el limpio espejo
dó mirarse bucabá
y el corazón latió violentamente.
Olvidando mis penas,
un mundo nuevo me fingi en la mente
y el fuego circular senti en las venas.
Mis ojos te miraron...
mis lábios se entreabrieron...
¡ay! que de amor mis ojos se turbaron,
sin eco mis palabras se perdieron.
Te seguí por dó quier cual sombra ciega,
y siempre, siempre te encontré á mi lado;
á sufrir empecé; la noche llega,
insomne me revuelvo entre mi lecho
y hallóme el nuevo sol enamorado.
Yo necesito amar! tengo en mi pecho
un tesoro de amor inagotable;
un raudal de pasión inextinguible;
siento una lucha á mi pesar horrible...
Deja, mujer, que de mi amor te hable.
La débil barca de mi infesta vida,
bien los goceis mentidos la impulsaron;
que al capricho suyo la arrastraron

lejos del puerto de ilusión querida.
No necesito amar! Hoy entreveo
una dulce esperanza,
una luz que me causa devaneo,
que me conduce al puerto de bonanza.
Sean, Amelia, aquea luz tus ojos
que aderaré de hinojos;
¡sea tu corazón el que me guie;
Harto tiempo he buscado tu hermosura,
renegando de amor en mi locura,
Mi porvenir sonrío,
y ora reniego de mi loco empeño.
He soñado, mujer; ¡tú eres mi sueño!
Teodoro Guerrero.

A LA FORTUNA.

Voluble esposa de mi cruel destino
Beldad fascinadora ¡oh! quien pudiera
De tu rueda potente la carrera
El vuelo detener en su camino:

Muestra fortuna, tu poder divino,
Y al infelice que consuelo espera
Un rayo de la luz su frente hiera,
Que lo lleve á tu templo diamantino.

Oye mi voz, y si moverte alcanza
Perenne luzca tu benigna estrella
Cual iris precursor de la bonanza...
Mas ¡ay! tus lábios el silencio sella
Giras la rueda que veloz se lanza
(Sin escuchar mi lánguida querella.)

M. OVILO Y OTERO.

SUSPIRO.

Infeliz la hermosura
si de un galán accede al loco empeño
y ser suya le jura!...
que al verla ya segura
en vez de adorador se juzga dueño.

José M. Albuérne.

CANTARES

Cuando miro las estrellas
Brillar en el cielo azul,
Me parece que tus ojos
Les prestan aquella luz.

Me han dicho que en blanco tienes
El album del corazón,
Déjame escribir en sus ojos
Dulces poemas de amor.

A ti que hiciste en mi alma
Brotar el amor primero,
Consagrare, enamorado,
El último pensamiento,

Dicen que las penas huyen
Mirando correr el agua,
Por eso se van las tuyas
Mirando correr mis lágrimas.

Tú que obligaste á mi alma
A vestir siempre de luto,
Recógelo por herencia
Cuando duerma en mi sepulcro.

Me han de matar tus desdenes
Y dirás si llega el caso;
—Muerto está? que se le entierre
Y colorin colorado.

B. Rioja.

CEMENTERIO SOCIAL.

Un empleado en consumos
Yace aquí sin respirar:
Hombre fué de muchos humos
Pues fumaba sin cesar.

Yace aquí Don Agapito
Que aunque no lo manifiesta,

En todo tocaba pito,
Es decir en toda orquesta.

Tieso cual palo ó estaca,
Yace aquí Curro el torero,
Cogido por una vaca

Fija bien mortal tu vista
En este gran panteón;
—Yace en él?—Un progresista
—Y murió?—De indigestión.

Yace aquí Sor Rosalia
Que solo vió al mundo artero
No por cualquier agujero
Mas si por la celosía.

El calamocano Andrés,
Yace aquí de medio lado,
Acostóse así achispado
Y aun está, como le ves.

Aquí yace un gran poeta,
Sin nicho que así lo espresente
—No tenga usted duda, ese,
Murió sin una peseta.

Un casado harto infeliz
Bajo este montón reposa,
No cometió otro deslíz
Que escoger frágil esposa.

Yace en paz aquí Crispín,
De su suegra libre al fin.

P. F. Reymundo.

El Director,

PEDRO FRANCISCO REYMONDO.

Editor responsable, ANTONIO DEL ALAMO.

Imprenta de D. José Morales y Rodríguez,
calle de Hortaleza, núm. 128.

— 14 —

que despues sabrá de mi
donde está.
Enr. No lo deseo;
que si estoy vivo y te miro,
ya mayor dicha no espero,
ni mayor dicha tampoco
si te miro estando muerto;
pues es fuerza que sea gloria
donde vive ángel tan bello.
Y así no quiero saber
qué casos ni qué sucesos
aquí mi vida guiaron,
ni aquí la tuya trajeron;
pues con saber que estoy donde
estás tú, vivo contento;
y así ni tú qué decirme,
ni yo qué escucharte tengo.
Menc. Presto de tantos favores
será desengaño el tiempo.
Digame ahora, ¿cómo está
vuestra alteza?
Enr. Estoy tan bueno,
que nunca estuve mejor;
solo en esta pierna siento
un dolor.
Menc. Fue gran caída;
pero en descansando pienso
que cobrarei la salud;
y ya os están previniendo
cama donde descanséis.
Que me perdoneis, os ruego,
la humildad de la posada,
aunque disculpada quedo.
Enr. Muy como señora habláis,
Mencia. ¿Sois vos el dueño
de esta casa?
Menc. No, señor;
pero de quien lo es, sospecho
que lo soy.
Enr. Y quien lo es?
Menc. Un ilustre caballero,
Gutierrez Alfonso Solís,
mi esposo y esclavo vuestro.
Enr. Vuestro esposo! (Levántase.)
Menc. Si, señor.
No os levanteis, deteneos;
ved que no podeis estar
en pie.

— 15 —

Enr. Si puedo, si puedo.
Sale D. Arias.
Arias. Dame, gran señor, las plantas
que mil veces toco y beso,
agradecido á la dicha
que en tu salud nos ha vuelto
la vida á todos.
Sale D. Diego.
Diego. Ya puede
vuestra alteza á ese aposento
retirarse, donde está
prevenido todo aquello
que pudo en la fantasía
bosquejar el pensamiento.
Enr. Don Arias, dadme un caballo,
dadme un caballo don Diego;
salgamos presto de aquí.
Arias. ¿Qué decis?
Enr. Que me deis presto
un caballo.
Diego. Pero señor...
Arias. Mira...
Enr. Estáse Troya ardiendo,
y Encas de mis sentidos,
he de librarlos del fuego.
¡Ay don Arias, la caída
no fué acaso, sino agüero
de mi muerte! Y con razon,
pues fué divino decreto
que viniese á morir yo,
con tan justo sentimiento,
donde tú estabas casada,
porque nos diesen á un tiempo
pesames y parabienes
de tu boda y de tu entierro.
De verse el bruto á tu sombra,
pensé que altivo y soberbio
engendrô con osadía
bizarras atrevimientos,
cuando presumiendo de ave,
con relinchos cuerpo á cuerpo
desafiaba los rayos,
despues que venció los vientos.
Y no fué, sino que al ver
tu casa, montes de celos
se le pusieron delante.